



1020016704

BIBLIOTECA MAUCCI

GRAFUEL

(PÁGINAS DE LOS VEINTE AÑOS)

POR

Alfonso de Lamartine

Traducida al español

POR

DON PEDRO DE CLAVIJO

Lo que mi canto ansía
No es volar en las alas de la gloria.
Mi numen no reclama
Un lugar en el templo de la fama.
Do esculpir mi memoria,
De adversos hados en la noche obscura
Herido corazón hallar anhelo,
Que atento escuche mi canción sonora.



BARCELONA

Casa editorial MAUCCI, Calle Mallorca, 226 y 225

1901

55108

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REY"

PQ 2325

.R3

S6



ALCERVO DE LITERATURA

116970

Tipografía de F. Costa, Aribau, 60.—Barcelona



RAFAEL

(Páginas de los veinte años)

PREFACIO

El nombre del autor que ha escrito estas páginas era Rafael. Sus amigos y yo se lo dábamos por tal, porque se parecía mucho en su adolescencia a un retrato de Rafael de Urbino siendo niño, que se ve en Roma en la galería Barberini, en Florencia en el palacio Pitti, y en París en el Museo del Louvre. Le dábamos este nombre también, porque este niño tenía por rasgo distintivo un sentimiento tan vivo de lo bello en la naturaleza y en el arte, que su alma no era, por decirlo así, más que un espejo de belleza material ó ideal esparcida en las obras de los hombres. Era esto el resultado de una sensibilidad tan exquisita, que era casi una enfermedad en él, antes que el tiempo la hubiera enervado un poco; nosotros decíamos, aludiendo á este sentimiento de nostalgia, que se llama el mal del siglo, que él tenía, el mal del cielo; en lo cual coincidía con nosotros sonriéndose. Esta pasión á lo bello le hacía desgraciado; en otra ocasión hubiera podido hacerle ilustre. Si hubiera tenido un pincel, hubiera pintado vírgenes como la

de Foligno de Rafael; si hubiera manejado el color como si la delicadeza de la tez dejase transparentar hubiera esculpido la Psiquis de Canova; si hubiera dado el azul de las venas; los ojos, de un color de cielo conocido la lengua en que se escriben los sonetos oscuros, semejante al cielo de los Apeninos, antes hubiera puesto en música las quejas aéreas del viento de la aurora, miran horizontalmente, pero con una to del mar en las fibras de los pinos de Italia ligera inflexión, hacia el cielo, como si miraran aliento de una joven dormida que sueña con siempre más alto que la naturaleza. Están llenos de cuyo nombre no quiere pronunciar. Si hubiera dado luz hasta el fondo, pero un poco húmedos con los poeta, hubiera escrito los apóstrofes de Job a los rayos desleídos en el rocío ó en las lágrimas. La va; las estancias de la Herminia, del Tasso; la frente es una bóveda apenas arqueada; se ven movimiento de Romeo y Julieta á la claridad de verse bajo la fina epidermis los músculos de la clavícula, de Shakespeare; el retrato de Haydeah hecho el pensamiento; las sienes reflexivas, el oído atento. Los cabellos negros, cortados desigualmente la Byron.

No amaba menos lo bueno que lo bello; pero la primera vez por la inexperta tijera de un compañero amaba la virtud, porque era santa; la amaba de taller ó de una hermana, derraman algunas sombriamente porque era bella. Sin ninguna ambición sobre la cara y la mano. Un birretito de terciopelo en el carácter, la hubiera tenido en la imaginación negro, cubre apenas la cabeza y cae sobre la frente. Si hubiera vivido en aquellas repúblicas de la antigüedad. Cuando se pasa por delante de este retrato, güedad, en que el hombre se desarrollaba todo medita y se entristece, sin saber de qué. Es el germen en la libertad, como se desarrolla el cuerpo naciente soñando sobre el dintel de su destino ligaduras al aire libre y bajo el claro sol, hambrientos de penetrar en él. Es un alma á la puerta de aspirado á todas las alturas como César, hubiera vivido. ¿Qué llegará á ser? Pues bien, añadid seis blado como Demóstenes, habría muerto como los a la edad de este niño que piensa; dad más extón. Pero su destino humilde y oscuro lo retiene en esas facciones; marchitada esta tez; plegad pesar suyo en la ociosidad y la contemplación; la frente; amortiguad un poco esta mirada; dad nía alas que extender, pero no tenía aire que las levante; dad color á estos labios; elevad su estatura; dad viera. Murió joven y devorando el espacio; dad relieve á estos músculos; cambiad este traje de vista, pero sin haberlo recorrido. Su mundo era Italia, de la época de León X, con el vestido somnueño. ¡Quiera Dios que lo realice!

¿Conocéis este retrato de Rafael en su juventud? Los campos, que no pide á su vestido más que lo de que os hablaba hace poco? Es una hermosa obra con decencia; conservad cierta languidez pen- ra, de diez y seis años, un poco pálido, un tanto doliente á toda la actitud, y tendéis el re- tado por el sol de Roma, pero donde brilla todo perfecto de Rafael á los veinte años. sobre las mejillas el bozo de la infancia. Un rasgo de familia era pobre, aunque antigua en las mon- luz parece que se refleja en la transparencia de las de Forez, donde tenía su origen. Su padre ha- cutis. El codo del joven estaba apoyado en una pared; trocado la espada por la carreta, como los caba- el antebrazo levantado para sostener la cabeza de los espáñoles. Por toda dignidad tenía el honor, yada en la palma de la mano; los dedos, admiten lo que equivale á todas. Su madre era joven todavía, mente modelados, imprimen un ligero surco en la barba y la mejilla. La boca es fina, melancólica según lo que se le parecía. Había sido educada en la barba y la mejilla. La boca es fina, melancólica según lo que se le parecía. Había sido educada ca, meditativa; la nariz es pequeña entre los ojos y ligeramente teñida de un color un poco rosado más que este perfume de lenguaje y de ma-

neras, que no se evapora nunca, como el olor de las pastillas de rosa del serrallo del cristal que las tiene.

Encerrada en estas montañas con un marido que el amor le había dado, y con hijos que eran la gloria y el orgullo de su madre, nada había echado menos. Había cerrado el hermoso libro de su vida en estas palabras: «Dios, su marido, sus hijos, Rafael era su hijo predilecto. Hubiera querido llevarlo hasta un trono; pero ¡ay! no contaba más que con su corazón para levantarlo. El destino le envió siempre, hasta en el fondo de su pequeña tumba y de sus sueños.

Dos santos ancianos, proscriptos algún tiempo después del terror por yo no sé qué opiniones religiosas, que tenían algo de místicas, y que habían buscado la renovación del siglo, habían venido a refugiarse á estas montañas. Obtuvieron un asilo en la casa. Amaron á Rafael, á quien su madre criaba á sus rodillas. Le anunciaron no sé qué señales, señalaron una estrella, y dijeron á su madre: «¡Guárdalo con el corazón á este hijo!» ¡Una madre que tanto cree! Motejábanse á sí misma, porque era demasiado piadosa; pero los creyó. Esta credulidad sostuvo en muchas pruebas, pero la lanzó á los brazos superiores á sus fuerzas, para elevar á Rafael finalmente la defraudó.

Yo conocí á Rafael desde la edad de doce años. Después de su madre, yo era el más querido. Acabados nuestros estudios, nos volvimos á París, y después en Roma. Había ido á la Eterna, con un pariente de su padre, á copiar manuscritos en la biblioteca del Vaticano. Se apegó á la lengua y al genio de la Italia. Hablaba más italiano que su propio idioma. Improvisaba á veces por la tarde, bajo los pinos de la villa phili, en presencia del sol en Occidente, y huesos de Roma, derramados por la llanura; cosas que me hacían llorar! Pero no escribía. «Rafael, le decía yo algunas veces, ¿por qué no escribes?»

«¡Bahl me decía: ¿escribe el viento lo que canta en esas hojas sonoras sobre nuestras cabezas? ¿Escribe el mar, por ventura, los gemidos de sus playas? Nada de lo que hay escrito es bello; lo más digno que contiene el corazón del hombre, no sale al mundo. El instrumento es de carne, la nota es de fuego. ¿Qué quieres hacerle? ¡Entre lo que se siente y lo que se expresa, añadía con tristeza, hay la misma distancia que entre el alma y las veinticuatro letras de un alfabeto! Es decir, lo infinito. ¿Quieres tú producir con una flauta de caña la armonía de las esferas?»

Lo dejé para volver á hallarlo otra vez en París. Intentaba en vano, por medio de las relaciones de su madre, conseguir una situación más activa que la que le libraba del peso de su alma, y de la opresión de su destino. Los jóvenes de nuestra edad lo buscaban, las mujeres lo veían con placer atravesar por las calles. No iba jamás á los salones. De todas las mujeres solo amaba á su madre.

De repente lo perdimos de vista durante tres años; supimos después que lo habían visto en Suiza, en Alemania y en Saboya; después, en invierno, pasando una parte de sus noches en un puente y sobre el muelle de París.

Su exterior revelaba una extremada miseria. Hasta muchos años después no supimos más de él. A pesar de su ausencia siempre pensábamos en él. Era de estas naturalezas que desafían á que se las olvide. En fin, la casualidad nos reunió doce años más tarde. He aquí cómo: yo había tenido una herencia en su provincia, é iba allí á vender una tierra. Pedí noticias de Rafael. Me dijeron que había perdido á su padre, á su madre, á su mujer y á su hijo en el intervalo de algunos años; que desgracias de fortuna habían herido, después de estas desventuras, el corazón, y que no le quedaba de su pequeño patrimonio más que una casita con una cerca cuadrada, medio destruida, á los bordes de un torrente, el jardín, la huerta, el prado junto al río, y dos ó tres hectáreas de mala tierra. Las labraba él mismo con dos

vacas flacas; ya no se distinguía de los aldeanos que por los libros que llevaba á su hacienda y tenía frecuentemente en la mano, llevando consigo el arado. Pero va hacia algunas semanas que se le había visto salir de su casucha. Creían sus cinos que había ido á uno de estos largos viajes duraban años. — «Sería muy sensible, añadían; el mundo lo estima en la vecindad. Aunque hace tantos bienes como un rico. Hay mucho en el país, que se ha hecho con la lana de sus ojas. El, durante la noche, enseña á escribir, á leer á dibujar á los niños de las cabañas vecinas. Los lleva al río, les da su pan, y sin embargo Dios sabe si él tiene sobrante cuando las cosechas son malas, como ha sido la de este año.»

Así se me hablaba de Rafael. Yo quise ver por menos la casa de mi antiguo amigo. Me hice conducir á ella, y pasé, sobre un tronco de árbol, el río que corría en el fondo de la quebrada. Subí por un sendero de piedras movedizas; las vacas y tres carneros pacían á orillas del camino; guardadas por un anciano criado, casi ciego, que llevaba el rosario sentado sobre un antiguo escudo de carpintero, y que se había desprendido del arco de la puerta.

El me dijo que Rafael no había marchado, pero que estaba enfermo hacía dos meses, y que veía que no saldría de su casa más que para ir al cementerio, y me lo enseñó con su mano descarnada en la cornisa de la puerta. — «Se puede ver á Rafael? le dije. — Oh, dijo el anciano: subid las escaleras; tirad de la cuerda del picaporte del salón, á mano izquierda; los veréis tendido en su cama, tan dulce como un niño, tan sencillo como un niño!» añadió enjugándose las lágrimas con el revés de la mano.

Subí el tramo de una escalera: los escalones, pegados al muro, terminaban en una meseta cubierta de una tarima y con un techo, cuyo tejado cubrían los zócalos de escalera.

Tiré de la cuerda de la puerta, y entré. Jamás volveré este espectáculo. La habitación era gran-

Contenía todo el espacio que había en los muros de la casa. Estaba alumbrada por dos grandes ventanas de piedra, cuyos vidrios, llenos de polvo y rotos, estaban guarnecidos de plomo. El techo estaba formado de gruesas vigas ennegrecidas por el humo, el piso embaldosado; una chimenea alta, cuyos pies eran de madera groseramente trabajada, dejaba colgar de unos llaves una marmita llena de patatas, bajo la cual humeaba un tronco apenas encendido. No había en la estancia más muebles que dos sillones altos con respaldo de madera forrados con una tela cenicienta, cuyo color primitivo era imposible distinguir; una gran mesa, cubierta la mitad por un mantel, en que estaba envuelto el pan, y la otra mitad con libros y papeles revueltos; y finalmente, una cama, con pies carcomidos y cortinas de sarga recostadas, para dejar que penetrase el aire por la ventana abierta, y gozar de los rayos del sol que daba en la cubierta de la cama.

Un hombre, joven todavía, pero extenuado por la consumación y miseria, estaba sentado en la cama, ocupado, en el momento que abrí la puerta, en echar migas de pan á los pájaros y golondrinas que revoloteaban á sus pies.

Las aves se fueron al ruido de mis pasos, y se colocaron en la cornisa de la sala, sobre las columnas de repisas que había sobre la cama. Reconocí á Rafael á través de su palidez. Su figura, al perder juventud, no había perdido nada de su carácter; no había hecho más que cambiar de belleza. Ahora tendido en la muerte. Rembrandt, le hubiera tomado como modelo al pintar su *Cristo en el huerto*. Sus ojos, bellos negros, rodaban en bucles sobre sus espaldas como los de un labrador después del sudor del día. Su barba era larga, pero con una simetría natural, que dejaba entrever el corte gracioso de los labios, la prominencia de las mejillas, los arcos de los ojos, la afilada nariz, la concavidad pensadora de las sienes, la blancura de la piel. Su camisa, abierta por el pecho, mostraba un tronco descarnado, pero musculoso; que hubiera dado majestad á su estatura

si su debilidad le hubiera permitido levantarse. Me reconoció al primer golpe de vista; dió un abrazo á mi cuello, me abrió los brazos hacia mí para venir á abrazarme, y cayó al pie de la cama. Yo fui hacia él. Le dije: «Me acordaba de ti, y después hablamos. Me refirió su vida siempre truncada por la fortuna ó por la muerte en el momento en que creía coger la flor del fruto, la pérdida de su padre, la de su madre, la de su mujer y su hijo, después reveses de fortuna, venta forzosa de su patrimonio, y, en fin, su retirada á este resto de su hacienda donde no tenía más que un compañero que el anciano que le servía sin salario por afecto al nombre de la casa; y después de su enfermedad de languidez, que lo arrebató, me dijo: «Señalaba con las hojas del otoño, y que lo llevarían al cementerio de su aldea, al lado de aquellos que yo había amado. Su sensibilidad de imaginación se elevaba hasta la muerte. ¡Se veía que la comunicación idealmente al césped y al musgo que habían de crecer sobre su tumbal!

—«Sabes tú lo que me aflige?—me dijo señalando con el dedo la hilera de pájaros colocados en la cornisa de su cama; es pensar que en la próxima primavera estos pobres pequeños, que yo he criado, mis últimos amigos, me buscarán en vano en mi choza, y que ya no encontrarán un vidrio por donde penetrar, ni vellones de mi colchón en el suelo para hacer su nido. Pero la nodriza, á quien yo he dejado mi pequeña herencia, tendrá cuidado de ellos mientras viva, replicó como para consolarme mismo, y después de ella... Dios... *Que no se olvide de los pájaros.*

Se enterneció hablando de las pequeñas aves. Se veía que su ternura de alma, rechazada ó rechazada por los hombres, se había refugiado en las conversaciones de un amigo. Encontré al bajar una veintena de niños que subían con los zuecos en la mano para tomar las lecciones que les daba hasta su lecho de muerte; un poco más allá el cura del pueblo que venía á pasar la noche con él. Saludé al sacerdote con respeto. Vió mis ojos encendidos y me volvió un saludo de triste inteligencia.

de madera labrada, que estaba oculto bajo un montón de maíz, en un rincón de la sala. Puse el cofre sobre su cama. Sacó una cantidad considerable de papeles, los rompió silenciosamente durante media hora, y mandó á su nodriza que quemara los papeles en su presencia. Contenían una porción de versos en todos los idiomas, y páginas innumerables de fragmentos separados por épocas.—¿Por qué ha de quemar todo eso? le dije con timidez. ¿No tiene el hombre una herencia moral que dejar, como deja la material á los que sobreviven? ¿Tu que-
das ahí, tal vez, pensamientos ó sentimientos que vivirían un alma?...

—«Déjame hacer, dijo él; bastantes lágrimas hay en el mundo; no es necesario dejar más gotas en el corazón del hombre. Estos son, añadió mostrándome unos versos, las plumas locas de mi pensamiento; ¡él ha mudado después! ¡él ha tomado sus alas eternas!... Y continuó destrozando y quemando, mientras yo contemplaba la campiña árida, por los vidrios rotos de una ventana.

Por último me pidió que me acercara.

—Toma, me dijo; salva sólo este pequeño manuscrito, porque no tengo valor para quemarlo; después de mi muerte la nodriza haría de él cucuruchos para sus simientes. Yo no quiero que sea borrado el nombre que contiene, mil veces repetido. Levátelo; consérvalo hasta que sepas que he muerto. Después lo quemarás ó lo guardarás hasta tu vejez, para que te acuerdes de mí si alguna vez lo tomas en la mano.

Tomé el rollo, lo oculté bajo mi capa y salí, prometiendo volver al día siguiente, y todos los días, para dulcificar el fin de Rafael, con los cuidados y conversaciones de un amigo. Encontré al bajar una veintena de niños que subían con los zuecos en la mano para tomar las lecciones que les daba hasta su lecho de muerte; un poco más allá el cura del pueblo que venía á pasar la noche con él. Saludé al sacerdote con respeto. Vió mis ojos encendidos y me volvió un saludo de triste inteligencia.

Al día siguiente volví: Rafael había muerto aquella noche. La campana del pueblo inmediato menzaba á doblar por él. Las mujeres y los niños salían de la puerta de su casa, y lloraban dirigiendo su vista á la casa de Rafael. ¡Se veía en un pequeño campo verde, junto á la iglesia, á dos hombres cavaban la tierra; y que abrian un hoyo al pie de una cruz!...

Me aproximé á la puerta; una nube de golondrinas revoloteaba y chillaba alrededor de las ventanas abiertas entrando y saliendo sin cesar, como si hubieran destrozado sus nidos.

Yo comprendí más tarde, al leer estas páginas por qué se rodeaba de estas aves, y qué recuerdos traían á su memoria hasta sus últimos momentos.

RAFAEL

I

Hay sitios, climas, estaciones, horas, circunstancias exteriores, tan en armonía con ciertas impresiones del corazón, que la naturaleza parece que forma parte del alma, y el alma de la naturaleza, y que si separáis la escena del drama, y el drama de la escena, la escena pierde el colorido y el sentimiento se evanece. Quitad las costas escarpadas de Bretaña, René, las sábanas del desierto á Atala, las brumas de la Suavia á Werther, las olas empapadas del sol las calurosas llanuras á Pablo y Virginia, y no comprenderéis ni á Chateaubriand, ni á Bernardino de Saint-Pierri, ni á Goethe. Los lugares y las cosas están unidos por un lazo íntimo, porque la naturaleza es una en el corazón del hombre como en sus ojos. Nosotros somos hijos de la tierra. La misma vida corre en su savia y en nuestra sangre. Todo que la tierra, nuestra madre, parece que siente y ve á los ojos en sus formas, en su aspecto vario, y en su fisonomía, en su esplendor ó en su melancolía tiene en nosotros su repercusión. No se puede comprender bien un sentimiento más que en los lugares donde se concibe.